

Sed Voceros
Erandor ④c

LA SECTA DE LOS ADAMITAS

Salí desnudo a caminar por la ciudad y minutos después fui detenido por la policía. Me hicieron un comparendo por exposición indebida en una vía pública y terminé detenido en un CAI. Les informé a los agentes que yo era militante de la secta de los adamitas. El adamismo es una doctrina herética surgida en el siglo II después de Cristo que pretende, mediante la práctica del nudismo, representar la inocencia originaria del Edén descrita en el libro del Génesis. Ellos se rieron de mí y me dijeron que yo sólo era un maldito loco. Un par de horas más tarde, llegó mi abogado defensor. Me dijo que estaba en problemas porque no era la primera vez que la policía me capturaba por caminar empelota por la calle. Le dije que el nudismo era un axioma de mi religión. Le expliqué que mi secta no consideraba que el ir desnudos fuera un pecado ni fruto de la lujuria, todo lo contrario: pretendíamos escapar de la corrupción de la carne espiritualizando el erotismo del desnudo. A mi abogado le agradó cuando le conté que el gran pintor holandés Jerónimo Bosco no sólo había sido un militante de la secta sino que también había empleado la mitología adamita para pintar su famoso cuadro "El jardín de las delicias". El abogado me dijo que me llevarían a juicio y que si no pedíamos la inimputabilidad por trastorno mental, me exponía a una larga temporada en prisión. Acepté que alegara ante el juez que yo estaba loco y durante el juicio logró convencerlo de que yo solo era un pobre esquizofrénico. El juez me envió a un hospital mental de los extramuros de la ciudad. Allí me permitieron caminar desnudo a cambio de tomarme unas pastillas. Me volví bastante popular y adoctriné a los pacientes sobre los axiomas del adamismo. Muy pronto todos comenzaron a caminar desnudos. Me trataban como su líder espiritual. Sentí como si, por fin, hubiera encontrado mi lugar en el mundo.

LA HISTORIA DE MIS HUESOS

Mamá me llevó ante el pastor de su iglesia evangélica para que me quitara el demonio de la homosexualidad. Mamá no dejaba de echarle agua bendita a mi jugo de guanábana. El día de la madre llegó pronto y mi regalo fue acompañarla a su iglesia evangélica. Ella se puso feliz. El pastor, al terminar su homilía, pidió que los gays hicieran una fila para someterlos a una especie de rayo láser que salía de una pistola deshomosexualizadora. A mí me pareció un circo barato pero obedecí. Cuando llegó mi turno, el pastor me apuntó en la frente con el láser fosforescente. Mamá me dijo que ya vería cómo el demonio de la homosexualidad me dejaría libre para siempre. Los días pasaron y cada día me sentía más marica. Mamá se sintió desastrada al no ver resultados. En el mes de Junio me echó de la casa y convenció a una tía católica para que gestionara mi excomuni3n con la iglesia. Me preocupé porque había escuchado la leyenda según la cual varios excomulgados como Martin Lutero, Romolo Murri y Sinead O'Connor habían experimentado rachas de mala suerte después de ser anatematizados por la iglesia. Al parecer, la leyenda tenía fundamentos porque semanas después, mientras me encontraba caminando por una hacinada calle de la ciudad, me sucedió lo mismo que le sucedió al dramaturgo griego Esquilo de Eleusis. Un buitree quebrantahuesos dejó caer una tortuga contra mi cabeza al confundirlo con una roca en la que podría romper el caparaz3n. No morí pero permanecí en estado de coma varios meses. Cuando desperté, entendí que no disfrutaría para nada mi condici3n de excomulgado. Llamé a mamá para explicarle que la estaba pasando mal y que necesitaba que me ayudara a anular la excomuni3n. Jamás me contestó.

MUCOFAGIA

Mi novia Mariana me echó porque me sorprendió comiéndome un moco. Dijo que yo era un ser repugnante y se marchó. La realidad era que me habían diagnosticado con trastorno mucofágico de la personalidad desde la temprana adolescencia. Le dije a Mariana que no había razones para armar un escándalo y que, si sentía tanto asco, debería irse a vivir a otro planeta. Le informé que el médico austríaco Friedrich Bischinger defendía la tesis según la cual las personas que comen mocos son más saludables porque refuerzan su sistema inmunológico de una manera natural. También le informé que un estudio reciente de la Universidad de Liverpool había revelado que el 90% de la comida chatarra que consumíamos a diario tenía rastros de materia fecal de origen humano. Mariana quiso saber si eso incluía las hamburguesas callejeras que tanto le gustaban. Yo le dije que sí, que un reporte reciente de la Secretaría de Salud afirmaba que les habían encontrado altos niveles de bacterias comúnmente presentes en el tracto intestinal humano. Mariana dijo que, de todos modos, no quería seguir siendo mi novia. Le dije que había personajes famosos que, a pesar de comer mocos, habían alcanzado la genialidad. Cité al escritor William Blake, al pintor Georges Seurat y al organista Alexandre Guilmant. Le dije que quizás yo solo era un genio en potencia. Ella me ignoró y decidió marcharse. Tiempo después, la vi besando a un tipo en el parque de los estorninos. Me acerqué para decirle que un estudio reciente de la Universidad de Ontario había revelado que en el microbioma bucal humano había alrededor de 100 billones de bacterias. Le hice entender que si sentía tanto asco por las excrecencias humanas, debía dejar de besar a ese tipo. Mariana volvió a ignorarme y siguió besando a su nuevo novio. Mientras me alejaba, recordé una frase que solía repetir mi abuelo: "Las mujeres son como los chinos, nadie las entiende pero están dominando al mundo".

TRANSEXUALISMO

Papá me echó de la casa cuando le dije que yo era un transexual. Aquel día decidí dedicarme a la rumpología: el arte de leer el futuro en las nalgas humanas. Monté el consultorio en la carrera séptima. En pocos días, tenía una fila de clientes dispuestos a pagar para que yo les adivinara el futuro en su trasero. Los aciertos de mis vaticinios me dieron una fama que se me salió de las manos. Recibí llamadas de ministros, de celebridades criollas e incluso del alcalde de la ciudad pidiéndome una cita. Una tarde, cansada de saber tantos secretos sobre el futuro ajeno y nada sobre el propio, decidí fotografiar mi culo para intentar averiguar qué sorpresas me deparaba el porvenir. Leí una revelación aterradora: terminaría siendo abusada sexualmente por criaturas extraterrestres tal y como le había sucedido al ciudadano uruguayo Carlos Wilson Arriola Aguirre en la década de los noventa. Yo decidí ignorar el vaticinio. Meses después, una nave espacial apareció sobre mi cabeza. Me abdujo empleando un láser de antimateria y de repente me vi en un salón impecablemente blanco en el que un extraterrestre se dispuso a violarme. Horas después, me abandonaron en un bosque de los extramuros de la ciudad. Telefoneé a mi abogado y le conté mi historia. Me informó que el abuso sexual por parte de inteligencias extraterrestres no estaba tipificado en el código penal del país. Sentí desfallecer. Desde ese momento comencé una campaña unilateral frente al congreso de la república para que el abuso sexual por parte de criaturas alienígenas fuera penalizado. Nadie me prestó atención. Decidí viajar a Uruguay y buscar a Carlos Arriola, lo encontré viviendo en un pueblito del sur del país. No demoré en darme cuenta de que los vecinos lo miraban con desconfianza, aún se burlaban de él y lo consideraban un orate escapado de un manicomio. Yo le conté mi historia, lo abracé y le hice saber que yo sí le creía.

UNA DISCULPA PARA EDGAR ALLAN POE

Me dijiste que eras la reencarnación de Mary Rogers, aquella chica de Connecticut que en el año 1841 había sido violada y estrangulada en un maloliente callejón de Brooklyn. Yo te dije que ese asesinato muchos lo atribuían al escritor Edgar Allan Poe. Estábamos en Nueva York y te invité a pasearnos por el río Hudson, el mismo donde el patriarca de la literatura gótica te había arrojado. Te dije que yo creía en la culpabilidad de Edgar Allan Poe aunque aquella historia era considerada por muchos una leyenda urbana sin fundamentos. Te dije que, poco después de que el escritor te asesinó, publicó un relato titulado "El Misterio de Marie Rogêt", donde narra pormenores que coinciden de manera inquietante con aquel asesinato. Te dije que había varios escritores feminicidas. Te hablé del escritor polaco Krystian Bala quien no sólo mató a su esposa sino que escribió una novela llamada "Furia" en la que pormenorizaba el uxoricidio. Te hablé del poeta José Ignacio Puentes quien degolló a su esposa para ahorcarse tiempo después en la cárcel de Basauri y también te hablé del filósofo Henry Althuser que estranguló a su mujer en el clímax de un trastorno explosivo intermitente. Me pediste que te acompañara al cementerio Westminster Hall en Baltimore, Maryland, para llevarle un ramo de rosas a Edgar Allan Poe. No entendí ese gesto con el que había sido tu asesino, pero acepté acompañarte. Antes de salir del cementerio me llevaste a otra tumba. Era la de un tal Jeremy Bachman. Me dijiste que ese había sido tu verdadero asesino: un dipsómano de Brooklyn, adicto al láudano, que te había arrastrado hasta un sórdido callejón para estrangularte. Sólo entonces entendí que le debía una disculpa a Edgar Allan Poe.